

Capítulo 09



Bala

A la mañana siguiente, Phatsa se despertó con una sensación tan extraña que ni siquiera sabía por dónde empezar a explicarla.

Primero, estaba el calor.

No esa clase de calor que proviene de una manta o de la temperatura de la habitación, sino el tipo de calidez que parecía demorarse sobre su piel, en su pecho, al borde de cada bocanada de aire... como si todo su cuerpo aún recordara que, la noche anterior, había estado presionado contra algo infinitamente firme, infinitamente seguro. Incluso ahora, estando ya despierto, esa sensación se negaba a desvanecerse.

Lo segundo fue la vergüenza.

Mucha.

Tanta que, en el instante en que los recuerdos de la noche anterior empezaron a flotar de vuelta, pieza por pieza —desde el suave beso que él mismo había iniciado, hasta el cálido abrazo al que terminó rindiéndose por voluntad propia—, Phatsa sintió unas ganas casi irresistibles de estirar la mano, taparse la cara con la almohada y asfixiarse ahí mismo.

Maldita sea.

¿Qué demonios había hecho anoche?

Apenas tuvo tiempo de ahogarse en esa humillación antes de darse cuenta de que alguien ya lo estaba observando.

Lentamente, abrió los ojos.

Y se encontró con Nakhun, que ya estaba despierto. El otro hombre yacía de lado, no muy lejos, con el cabello oscuro ligeramente revuelto por el sueño; su rostro lucía tan calmado, sereno y fastidiosamente atractivo como siempre. Pero esa mañana había una suavidad en esos ojos oscuros que resultaba más evidente de lo habitual... como la de un hombre que ya está de buen humor antes de que el día siquiera haya comenzado.

En el instante en que vio que Phatsa abría los ojos, la comisura de los labios de Nakhun se elevó en una pequeña sonrisa. No era una mueca obvia, pero fue más que suficiente para desbocar un corazón recién despertado.

—¿Estás despierto?

Su voz era baja, gentil, y provocó que Phatsa deseara, más que nunca, volver a sepultarse bajo la manta.

Él bajó la mirada de inmediato.

—Mm.

Su respuesta fue dolorosamente corta; tan corta que cualquiera habría adivinado que su dueño estaba demasiado avergonzado como para saber qué hacer con su propio rostro. Sin embargo, Nakhun no se burló de él. Solo lo contempló por un momento y, luego, se acercó un poco más.

Phatsa apenas había volteado a mirarlo de reojo, con cautela, cuando unos labios cálidos rozaron suavemente los suyos.

Fue un beso breve.

Sumamente suave.

Y tan simple que casi se sintió como un saludo matutino.

Esa misma simplicidad fue lo que dejó a Phatsa completamente inmóvil.

Un beso de buenos días.

El pensamiento cobró tanta fuerza en su mente que el calor le subió a las mejillas casi de inmediato.

Nakhun se apartó solo un poco, manteniendo sus ojos oscuros fijos en él a muy corta distancia, como si esperara algo con una paciencia silenciosa.

Phatsa apretó los labios. Sentía las orejas calientes, el rostro le empezaba a arder y, bajo esa mirada, era imposible escapar de la realidad: de verdad lo acababan de besar.

Y tras sostener la mirada de esos ojos negros pertenecientes al alpha con quien compartía la cama...

Al final, fue él quien se inclinó hacia adelante y le devolvió el beso.

Solo un poco.

Muy rápido.

Como un roce seguido de una retirada apresurada.

Pero aun así, con la suficiente claridad para que el otro hombre entendiera que no lo estaba rechazando.

La comisura de los labios de Nakhun se movió de nuevo, esta vez de forma más visible, con la tranquila satisfacción de alguien que está profundamente complacido por dentro. Mientras tanto, Phatsa se jaló de inmediato la manta hasta la barbilla, como si esperara que también pudiera ocultarle el rostro.

Por el amor de Dios.

Phatsa, en serio.

Definitivamente se iban a burlar de él por haber caído tan fácil.

¿Era realmente necesario que la primera mañana después de lo de anoche...

tuviera que ser así de insoportablemente vergonzosa?

Nakhun no lo restregó. Solo dijo, con su tono uniforme de siempre:

—Ve a darte una ducha primero.

Phatsa parpadeó y, luego, se asomó un poquito desde el borde de la manta.

—¿Y luego?

—Bajaremos a desayunar.

Hizo una breve pausa antes de continuar, como si aquello fuera la cosa más normal del mundo.

—Después de eso, te llevaré a disparar.

Phatsa se quedó helado.

Toda la vergüenza que aún se demoraba en su cuerpo salió volando por la ventana en un instante. Se giró de golpe para clavarle la mirada a Nakhun, con una expresión que dejaba dolorosamente en claro lo sospechoso que le resultaba todo aquello.

—¿Qué?

—A disparar.

—¿Por qué tengo que disparar un arma?

Nakhun lo miró con calma, como si la pregunta en sí misma no tuviera nada de extraño.

Pero para Phatsa, era sumamente extraño.

—**Espera.** —Se impulsó hacia arriba hasta quedar completamente sentado, dejando que la manta se deslizara sin que se diera cuenta hasta su cintura—. ¿De verdad esta es una actividad matutina normal en tu casa? ¿Despertar, desayunar y luego ir a dispararle a la gente?

Nakhun respondió exactamente con la misma expresión:

—No lo hacemos todas las mañanas.

—¡Eso significa que entonces sí lo hacen a veces!

Phatsa lo miró con total incredulidad, mientras su mente arrastraba de inmediato todo hacia la dirección más sospechosa posible.

¿Era porque eran básicamente la mafia?

¿Acaso su vida a partir de ahora iba a consistir en aprender a esquivar balas, esconder un arma bajo la chaqueta del traje y decir cosas como «encárgate de eso» con el rostro completamente inexpresivo, justo como hacía esta gente?

Cuanto más lo pensaba, peor se ponía la situación.

—¿Por qué me llevas a disparar? —volvió a preguntar, entrecerrando los ojos—. ¿O acaso esto es algún tipo de curso familiar obligatorio en tu clan?

Nakhun lo contempló por un instante antes de responder con voz ecuánime:

—No te vendrá mal aprender...

—Eso suena terrorífico, ¿lo sabes?

—¿Por qué?

—Porque suena exactamente como algo que diría la gente que tiene demasiados enemigos.

Esta vez, la comisura de los labios de Nakhun se contrajo, muy a su pesar.

Phatsa lo vio a la perfección e inmediatamente lo señaló con el dedo.

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Mentiroso.

—Hablo en serio —dijo Nakhun con el rostro serio—. Además de la defensa propia, ayuda con la concentración.

Phatsa hizo una pausa.

—¿La concentración?

—Mm.

Nakhun se apoyó ligeramente contra la cabecera, luciendo tan calmado que bien podría haber estado hablando de una caminata matutina en lugar de armas de fuego.

—Al disparar, tienes que estar lo suficientemente quieto. Tienes que controlar tu respiración. Tienes que concentrarte en lo que tienes enfrente. Si tu mente no está firme, tu mano tampoco lo estará. —Miró a Phatsa directamente—. Ayuda..

Phatsa escuchó en silencio.

En realidad... tenía un poco de sentido.

Un poco.

Solo un poco.

Pero seguía siendo terrorífico.

Así que volvió a fruncir el ceño y preguntó con cautela:

—¿Y si fallo?

—Entonces prácticas.

—¿Y si fallo todos los tiros?

—Entonces practicas más.

—¿And si el ruido me asusta?

—Te acostumbrarás.

Phatsa hizo un berrinche de inmediato.

—Haces que todo suene demasiado... fácil.

—No es fácil desde el principio.

—Ajá.

—Pero se puede aprender.

La respuesta fue corta, calmada, y cargaba con esa misma certeza silenciosa que Nakhun poseía siempre.

Phatsa se descubrió incapaz de replicar por un instante, así que se limitó a quedarse allí sentado mirándolo fijamente, intentando discernir si este hombre de verdad lo estaba invitando a practicar la atención plena... o si estaba dando inicio a una especie de programa de entrenamiento familiar hecho a medida.

Y al final, tuvo que admitir para sus adentros una vez más que, por muy sospechoso que le pareciera, en realidad no le tenía miedo a Nakhun.

En su mayor parte, solo estaba irritado con él.

Y un poco avergonzado.

Y... también un poco entusiasmado.

Phatsa soltó un pequeño suspiro, como alguien que empieza a darse cuenta de que, de todos modos, no iba a ganar aquella discusión. Luego, levantó una mano para echarse hacia atrás el cabello revuelto y murmuró:

—Mi vida después del posgrado se ha salido salvajemente del guion.

Nakhun lo contempló antes de responder con sencillez:

—Pero es interesante, ¿no crees?

Phatsa se giró a mirarlo de inmediato.

—Para ti.

Esta vez Nakhun no discutió. Solo le devolvió la mirada en silencio, con esos ojos oscuros tan quietos y profundos que Phatsa fue quien se vio obligado a desviar la vista primero otra vez.

Maldita sea.

¿De verdad tenía que mirarlo de esa manera a primera hora de la mañana?

Nakhun se levantó de la cama primero, tan pausado como de costumbre, luego se dio la vuelta y repitió:

—Ve a ducharte.

Phatsa se quedó estático en la cama otros dos segundos antes de llamarlo, todavía sin estar dispuesto a rendirse:

—¿Y qué pasa si no quiero disparar?

Nakhun solo miró de reojo por encima del hombro.

—Una vez que estemos allí, puede que cambies de opinión.

Esa respuesta sonó tan exasperantemente segura que Phatsa sintió ganas de arrojarle otra almohada; pero al final, lo único que hizo fue tomar su toalla y dirigirse al baño, como alguien que ya sabía que hoy no había escapatoria.

Y mientras la puerta del baño se cerraba lentamente detrás de él, no pudo evitar pensar...

desde los suaves besos de anoche,

hasta un beso matutino al amanecer,

y ahora, ser arrastrado a un campo de tiro justo después del desayuno, su vida con Nakhun realmente había tomado la dirección exactamente opuesta a cualquier cosa que pudiera llamarse normal.

Después del desayuno, Nakhun se llevó a Phatsa tal y como lo había prometido. Y, por si la mañana no fuera ya lo suficientemente inusual, Nakhin los acompañó también, con tanta naturalidad como si llevar a la pareja de su hermano mayor —bueno, a la persona que estaba al lado de su hermano— a un campo de tiro fuera una excursión familiar perfectamente ordinaria.

Phatsa se sentó en el asiento trasero, con los ojos moviéndose entre los dos hermanos en un estado de constante sospecha.

Incluso si decían que el campo de tiro no estaba lejos de la casa —apenas a un corto trayecto en

coche—, ese no era el punto. El punto era que alguien que se acababa de graduar no debería estar empezando su día con una actividad como esta en primer lugar.

Sonaba al tipo de pasatiempo que tendría la gente con demasiados enemigos.

O, en realidad, simplemente a algo que haría la gente de la mafia.

Nakhun conducía como de costumbre, con una expresión lo bastante calmada como para sugerir que llevaba a Phatsa a tomar un café en lugar de a manipular armas de fuego. Nakhin, sentado en el asiento del copiloto, estaba de un humor absurdamente bueno y no dejaba de darse la vuelta para charlar con Phatsa, como si le preocupara que, si el coche permanecía en silencio por demasiado tiempo, el más joven del grupo pudiera empezar a tramar cómo saltar del vehículo y echarse a correr. Eso sin contar a los guardaespaldas que los venían siguiendo detrás en otro coche.

—¿Nervioso, Phatsa?

Phatsa miró al hermano menor de Nakhun sin demasiada expresión.

—Si digo que no, ¿sería una mentira muy obvia?

Nakhin soltó una carcajada de inmediato. —Está bien. Te acostumbrarás.

—¿Por qué a todos en tu casa les encanta tanto esa frase?

—Porque es verdad.

—No me hace sentir mejor ni un poco.

Nakhin se encogió de hombros como si eso no fuera problema suyo, mientras que Nakhun, que había

permanecido en silencio por un rato, habló sin siquiera darse la vuelta:

—No te vendrá mal aprender.

—Ahí está. Esa otra vez. —Phatsa hizo un berrinche de inmediato—. Eso suena exactamente como si alguien me estuviera entrenando para la guerra.

—No te estoy entrenando para la guerra —dijo Nakhun con tono uniforme—. Solo te estoy otorgando una habilidad.

—¿Por qué mi vida necesita habilidades con las armas?

—El mundo no es amable con todos.

Eso hizo que Phatsa se quedara en silencio por un momento.

No era reconfortante. No era algo bonito. Pero como provenía de Nakhun, no sonaba a otra cosa que a un hecho absoluto... como algo en lo que el otro hombre creía por completo, y en lo que quizás había habitado el tiempo suficiente como para conocerlo demasiado bien.

Phatsa se recostó en su asiento y soltó un suave suspiro.

—¿Y si no le acierto a nada?

—Entonces prácticas.

—¿Y si el ruido me asusta?

—Entonces practicas más.

—¿Y si me tiemblan las manos?

—Yo te las sostendré firmes.

Phatsa se quedó completamente estático por un instante.

Nakhin estalló en carcajadas sin hacer el menor intento por disimularlo, mientras Phatsa se giró de inmediato para mirar por la ventana, evitando así que alguien notara el inexplicable calor que le subía al rostro.

Por el amor de Dios.

¿Acaso ese hombre no podía hablar como una persona normal por una sola vez?

No pasó mucho tiempo antes de que el coche saliera de la propiedad y llegara al campo de tiro. El lugar estaba cerca de la mansión Thewathitirat, pero era demasiado espacioso y minuciosamente cuidado como para considerarlo un simple campito de tiro cualquiera. El edificio principal al frente era elegante, sobrio y macizo, cargando con una gravedad que dejaba en claro, desde el momento

en que ponías un pie fuera del coche, que este no era un lugar para cometer errores tontos.

Phatsa apenas había asentado ambos pies en el suelo cuando la voz de una mujer resonó antes que cualquier otra cosa.

—Vaya, vaya.

El tono era ligeramente agudo, un tanto dulce, pero bordeado por una inconfundible provocación.

—Así que el rumor que anda circulando realmente es cierto.

Los tres se giraron al mismo tiempo.

La mujer que caminaba hacia ellos desde el edificio principal apenas medía metro y medio de estatura. Su piel era de un bronceado cálido, besado por el sol, y su rostro poseía una belleza tan afilada que casi podría describirse como impactante hasta el punto de doler. Pero lo que destacaba aún más que

sus facciones era el aura que parecía llegar antes que ella misma: un aura de mando, la de alguien que sabía exactamente a dónde pertenecía y que podía hacer que cualquier espacio se sintiera suyo en el instante en que lo pisaba. Tenía la belleza de una reina abeja nata, de esa clase que no necesita anunciarse porque la habitación entera ya lo sabe.

Detrás de ella venía otra mujer, de complexión notablemente más delicada, con un aire tan dulce que casi parecía frágil. Sus ojos se movían con cuidado entre las personas a su alrededor, mostrando la cautela natural de alguien tímido por disposición. Al estar de pie junto a Amintra, el contraste entre ambas solo se volvía más nítido, como si una fuera una chispa y la otra una sombra pálida que la seguía de cerca y con fidelidad.

Nakhin enarcó una ceja de inmediato.

—Amintra.

La mujer sonrió un poco más al escuchar su nombre.

—Así que todavía me recuerdas. Pensé que habrías estado demasiado ocupado poniéndote al día con los rumores de tu familia como para acordarte de la gente de tu misma edad.

Phatsa parpadeó y miró rápidamente de Nakhin a la mujer frente a él.

Esos dos definitivamente se conocían.

No eran exactamente cercanos.

Pero tampoco exactamente distantes.

Algo intermedio.

Y molestatamente interesante.

Nakhun mostró poca reacción. Se limitó a mirar a Amintra con calma y le dedicó un asentimiento lo bastante cortés como para calificar de buenos modales.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Disparando, obviamente —respondió Amintra de inmediato con una sonrisa astuta—. **Ciertamente no vine a tejer guirnaldas de flores.**

Entonces su mirada se desvió y aterrizó de lleno en Phatsa.

No fue abiertamente grosera, pero tampoco amigable. Sus ojos lo recorrieron de pies a cabeza en una mirada rápida, evaluando todo en un instante, antes de volver a hablar con una voz dulce armada con palabras lo bastante afiladas como para cortar.

—He oído el rumor por todas partes... que el hijo mayor de los Thewathitirat marcó a un omega sin apellido ni antecedentes y lo convirtió en su pareja.

El aire a su alrededor se congeló de inmediato.

Phatsa se quedó estático por apenas una fracción de segundo antes de que sus cejas se juntaran de forma automática. No conocía a esta mujer. No tenía idea de qué tan lejos se habían extendido ya los rumores en este mundo. Pero esa sola frase dejaba en claro que ella no se había acercado solo para entablar una conversación cortés.

Nakhin miró a su hermano mayor de inmediato, sabiendo perfectamente que, si alguien iba a responder, no sería él.

Y tenía razón.

Nakhun dio un paso ligero al frente, interponiéndose un poco ante Phatsa. Fue un movimiento muy sutil, pero lo suficientemente evidente como para demostrar que se hacía cargo de la respuesta. Sus ojos oscuros se posaron directamente en Amintra antes de hablar con una

voz tan calmada y fría que hizo que toda la atmósfera se volviera aún más estática que antes.

—Phatsa tiene tanto un hogar como un lugar donde estar.

Silencio.

Un silencio corto y tenso.

Amintra enarcó una ceja ligeramente, luciendo un tanto sorprendida de que Nakhun hubiera respondido de forma tan directa y se hubiera negado por completo a seguirle el juego. Pero en lugar de retroceder, solo sonrió un poco más, como si ahora él le resultara todavía más entretenido.

—Lo estás protegiendo terriblemente bien.

—Estoy declarando la verdad —dijo Nakhun pausadamente—. Para que los de afuera que no la conocen no anden por ahí esparciendo tonterías.

El tono no fue alto. No fue lo suficientemente áspero como para resultar grosero. Pero la certeza que conllevaba hizo que cada palabra aterrizara como si hubiera sido esculpida en piedra y no pudiera ser movida.

También tenías la lengua afilada, ¿eh, gran hermano alfa?

Phatsa se quedó de pie en silencio justo detrás de él, contemplando la línea ancha de la espalda de Nakhun. Algo se movió lentamente en el centro de su pecho. No importaba qué tan a menudo lo fastidiara este hombre; cuando Nakhun elegía pararse a su lado de esta manera —eligiendo responder por él, eligiendo desviar las miradas feas o las palabras aún más feas sin que nadie se lo pidiera—, se volvía muy difícil no sentir algo.

La chica delicada al lado de Amintra —Kingyok— se acercó un poco más a ella y le susurró algo en voz baja con una expresión vacilante. Amintra soltó una risita silenciosa ante eso, luego agitó una mano como si se rindiera, aunque no de forma seria.

—Está bien —dijo—. Solo estaba saludando basándome en lo que había oído.

Phatsa enarcó una ceja para sus adentros.

Si eso contaba como un saludo, la gente común ya habría terminado a bofetadas frente al campo de tiro.

Pero antes de que pudiera decir algo, Amintra lo miró de nuevo. Esta vez, su mirada no era tan afilada como antes. Al menos, parecía darse cuenta ahora de que él no estaba temblando ni escondiéndose detrás de nadie, tal y como los rumores habrían afirmado.

—Tu nombre es Phatsa, ¿verdad?

Phatsa le sostuvo la mirada directamente.

—Sí.

—Soy Amintra —dijo ella, ladeando ligeramente la cabeza—. Y ella es Kingyok.

Kingyok se sobresaltó un poco, como si apenas se diera cuenta de que la habían mencionado, y luego asintió rápidamente hacia Phatsa con la cortesía más silenciosa que pudo profesar.

Phatsa le devolvió el saludo de la misma manera y respondió con tono uniforme:

—Es un placer conocerlas.

Amintra sonrió de nuevo. Esta vez pareció un poco más genuina, aun si ese destello natural de picardía todavía permanecía en su rostro.

Nakhin miró de uno a otro y soltó un suspiro silencioso, como alguien que ya sabía que, después de todo, esta no iba a ser una mañana pacífica en el campo de tiro.

Amintra, por su parte, no tenía intenciones de dejar que la atmósfera se relajara por mucho tiempo. Una vez que las presentaciones formales quedaron atrás, permaneció allí de pie con los brazos cruzados, permitiendo que esos ojos afilados y hermosos recorrieran abiertamente a Phatsa de pies a cabeza otra vez. La sonrisa en la comisura de sus labios nunca se desvaneció. Era la sonrisa de una mujer hermosa que sabía exactamente lo buena que era para alterar los nervios de la gente... y que lo disfrutaba a fondo.

—Por cierto —dijo con dulzura—, ya que han venido hasta un campo de tiro, ¿qué tal una pequeña competencia?

Eso hizo que todos a su alrededor se quedaran estáticos de nuevo casi de inmediato.

Kingyok, que seguía de pie justo detrás de ella, se sobresaltó y la miró de inmediato, queriendo preguntar claramente con la mirada: ¿Hablas en serio? Nakhin enarcó la ceja de forma mucho más visible esta vez y soltó un suspiro bajo, como

alguien que había sabido desde el principio que esta mañana nunca terminaría en paz.

Nakhun habló primero, con su voz tan fría y uniforme como siempre.

—No es necesario.

Amintra se giró para mirarlo, y su sonrisa se volvió ligeramente más delgada, de la forma en que lo hacen las sonrisas de las personas cuando el ser rechazadas solo las entretiene más.

—Es solo tiro al blanco —dijo—. Tampoco es que lo esté enviando a la batalla.

—Es su primera vez en un campo de tiro.

—Eso es lo que lo hace interesante —respondió ella de inmediato—. Competir con gente que ya es buena es aburrido.

—**Amintra.** —Nakhin pronunció su nombre esta vez con una advertencia más clara en su tono—. **Ya basta.**

La mujer pequeña le lanzó una mirada de reojo y enarcó una ceja.

—¿Por qué? ¿Temes que la persona de tu hermano pueda perder?

Nakhin abrió la boca como para replicar, pero antes de que pudiera decir algo, Phatsa habló primero.

—**Seguro.**

Esta vez, todos se giraron para mirarlo a él al mismo tiempo.

Nakhun frunció el ceño de inmediato. —**Phatsa.**

Pero Phatsa no lo miró todavía. En su lugar, mantuvo la mirada fija en Amintra, con una expresión un poco demasiado compuesta, lo que dejaba aún más claro que no estaba bromeando.

—Está bien —dijo pausadamente, con un tono perfectamente cortés, aunque el filo debajo de sus palabras era imposible de pasar por alto—. Si la señorita Amintra quiere competir con alguien que acaba de venir a un campo de tiro por primera vez para matar el aburrimiento...

Hizo una pausa, y luego la comisura de sus labios se elevó ligeramente.

—... puedo ayudar a que el rato sea más entretenido.

Silencio.

Solo por una fracción de segundo.

Entonces Nakhin soltó un silencioso e incrédulo «Vaya», sonando tan sorprendido como encantado al mismo tiempo.

Los ojos de Kingyok se agrandaron aún más, como si quisiera apartar a alguien para advertirle, pero no tuviera idea de cuál de los dos lados necesitaba más la advertencia.

Amintra, por otro lado, ensanchó su sonrisa con evidente deleite. Sus ojos se iluminaron de inmediato sin el menor intento de ocultarlo.

—Tienes la lengua afilada.

—Me las arreglo.

—¿Te das cuenta de que si pierdes después de decir eso, se burlarán de ti hasta el cansancio?

Phatsa se encogió ligeramente de hombros. —Sigue siendo mejor que quedarme aquí parado y que me

miren como si tuviera demasiado miedo para aceptar un desafío.

Incluso Nakhin tuvo que llevarse una mano a la frente ante eso, como alguien a quien le estuviera empezando un verdadero dolor de cabeza, mientras que Nakhun permaneció en silencio por un rato más. Observó a Phatsa con cuidado —miró ese rostro un poco demasiado compuesto, la inconfundible determinación en sus ojos— y comprendió de inmediato que, si intentaba detenerlo ahora, este chico testarudo sería aún menos propenso a escuchar.

Y más que eso, en el fondo también sabía algo más.

Phatsa no estaba aceptando el desafío solo por ser impulsivo.

Estaba protegiendo su orgullo.

Y Nakhun no debería ser quien se lo arrebatara.

Así que, al final, Nakhun solo soltó un suave suspiro antes de decir con la misma voz calmada:

—Si van a competir, entonces tiene que ser en términos justos.

Amintra lo miró. —Por supuesto. No soy tan cruel.

—Eso no es verdad —murmuró Nakhin de inmediato.

—Te escuché.

—Esa era la idea.

Kingyok tocó rápidamente el brazo de Amintra, como una tímida y pequeña campana de alarma preocupada de que pudiera desviar el rumbo y terminar peleando con todos en el campo de tiro, pero la reina abeja solo soltó una risa baja en su garganta y se giró de nuevo hacia Phatsa.

—Podemos hacerlo simple —dijo—. Blanco estático. Campo básico. El puntaje total más alto gana.

Phatsa asintió. —Bien.

—¿Y si pierdes?

—Entonces pierdo.

La respuesta llegó tan rápido que Amintra enarcó una ceja con sorpresa.

Así que Phatsa continuó con el mismo tono uniforme:

—Es mi primera vez aquí. Si pierdo, no es extraño.

—Pero si usted pierde contra alguien que está en un campo de tiro por primera vez... eso podría ser un poco desafortunado, ¿no cree?

Nakhin estalló en carcajadas de inmediato. — Phatsa, eso va mucho más allá de «arreglárselas».

Amintra, por su parte, se rió de verdad. El sonido fue brillante, claro y lleno de deleite, y su sonrisa afilada de alguna manera se volvió aún más hermosa —y más peligrosa— al mismo tiempo.

—Bien —dijo ella—. Me gusta la gente que no empieza a llorar antes de que hayamos comenzado.

Phatsa esbozó una leve sonrisa en respuesta, como si no le importara. Pero en el fondo, su corazón había empezando a latir mucho más rápido también; no porque le tuviera miedo a Amintra, sino porque acababa de asimilar por completo que estaba a punto de entrar en una competencia de tiro contra alguien que claramente tenía más experiencia en todos los sentidos posibles, mientras que él apenas

ponía un pie en un campo de tiro por primera vez en su vida.

Su vida había ido mucho más allá de la palabra «normal».

Nakhun se acercó un poco más y se inclinó para murmurar de modo que solo él pudiera escucharlo.

—¿Estás seguro?

Phatsa no lo miró de inmediato, solo respondió en voz baja:

—Si me echo para atrás ahora, perderé el orgullo gratis.

—Perder el orgullo es mejor que perder el corazón.

Esta vez, Phatsa se giró para mirarlo...

La mirada de Nakhun no era dura ni prohibitiva. Era solo firme y sólida, como siempre, como si le dijera

que si cambiaba de opinión en ese momento, él intervendría en su lugar sin dejar que se quedara allí solo ni un segundo más.

Eso fue lo que encendió un tenue calor dentro de Phatsa, solo un poco.

Pero aun así, le arrugó la nariz levemente antes de murmurar de vuelta:

—Está bien. En el peor de los casos, solo se burlarán de mí.

Nakhun lo observó por un momento antes de decir simplemente:

—Entonces yo te enseñaré primero.

Amintra escuchó eso e inmediatamente levantó una mano. —Oh, no, claro que no. Si Phi Nakhun llega a entrenarlo adecuadamente primero, yo estaré en desventaja.

—¿De verdad pretendes aprovecharte de él de todas las formas posibles? —preguntó Nakhin, sonando exhausto.

Amintra solo se encogió de hombros, sin inmutarse en lo absoluto.

—Por supuesto. Soy pequeña. ¿Por qué no debería usar mis ventajas?

—Ser pequeña no significa que tengas derecho a ser malvada.

—¿Quién lo dice? —respondió ella con total indiferencia—. Yo demuestro lo contrario todos los días.

Kingyok apretó los labios como si quisiera reírse pero no se atreviera, mientras que Phatsa observaba el intercambio y estuvo a punto de sonreír también. Puede que Amintra hubiera llegado como si estuviera buscando pelea, pero

tenía que admitir que poseía una extraña clase de encanto.

O tal vez era simplemente que enojarse con ella sería inútil, porque probablemente terminarías perdiendo de todos modos.

Al final, todos aceptaron los términos simples que Amintra propuso. Mientras el personal preparaba el equipo, Nakhin se paró junto a Phatsa y le susurró con el tono de alguien que estaba disfrutando esto demasiado.

—Phatsa.

—¿Qué?

—Al principio, pensé que te asustaría el campo de tiro.

—¿Y?

—Pero aparentemente... —Nakhin sonrió de par en par—. Estabas más preocupado por que alguien más pudiera aburrirse.

Phatsa se giró para mirarlo de inmediato. —**¿Podrías callarte, por favor?**

Nakhin se echó a reír con cero intenciones de hacer tal cosa. A un lado, Amintra permanecía de pie con los brazos cruzados, observándolos con ojos relucientes, mientras Kingyok seguía a su lado como siempre, con una expresión que dejaba en claro que en ese momento cargaba con suficiente ansiedad para todo el mundo.

Y así, la mañana que había comenzado con un beso matutino de Nakhun terminaba su primer acto con Phatsa de pie en medio de un campo de tiro, preparándose para competir contra una reina abeja de un metro cincuenta de estatura, piel bronceada y una belleza deslumbrante que no parecía el tipo de persona que sería blanda con nadie.

Su vida realmente ya no contenía nada ordinario...

Y a través de todo esto, Nakhun permaneció cerca, a la misma distancia constante. No lo tocó. No hizo ninguna demostración innecesaria de sí mismo. Pero su sola presencia allí era suficiente para dejar una cosa en claro: sin importar lo que dijeran los rumores, sin importar cómo miraran a Phatsa, dentro del espacio de Nakhun, él nunca iba a ser dejado solo para enfrentarlo.

El resultado de la competencia resultó exactamente de la manera en que cualquiera con ojos podría haberlo adivinado antes siquiera de acercarse a examinar los blancos.

Amintra se quedó allí de pie, haciendo girar perezosamente sus protectores auditivos, luciendo completamente a gusto, como si nada de esto fuera un asunto serio en absoluto, mientras el personal traía sus blancos de papel para inspeccionarlos sobre la mesa frente a ellos. Sus disparos estaban agrupados casi por completo cerca del centro. El grupo era hermoso, controlado y firme: el trabajo

de alguien completamente familiarizado con un lugar como este.

Phatsa lo miró por un momento, luego asintió con franco reconocimiento.

—Realmente eres buena.

Amintra enarcó una ceja, claramente sin esperar que él la elogiara tan fácilmente.

Con un tono relajado, Phatsa se encogió ligeramente de hombros y continuó con naturalidad:

—Esta ronda, en blancos de papel, la concedo.

No sonó para nada como alguien que estuviera perdiendo el orgullo. Al contrario, sonaba como alguien que podía separar ganar y perder de su propia dignidad con sorprendente facilidad. Amintra se descubrió mirándolo un poco más de tiempo debido a eso.

Luego se rió suavemente entre dientes y sacudió la cabeza, mitad divertida, mitad decepcionada.

—Qué lástima.

Phatsa enarcó una ceja. —¿Qué lo es?

—No logro hacerte perder los papeles en absoluto —dijo Amintra, poniendo una sutil cara de decepción, como una mujer hermosa perfectamente consciente de que estaba montando un espectáculo—. Pensé que llegaría a verte perder un poco los estribos. En cambio, me estás halagando.

Nakhin se echó a reír de inmediato. —Ya te lo dije. Este chico no se rige por las reglas de los demás tan fácilmente.

—Claramente —murmuró Amintra, para luego girarse hacia Kingyok, quien todavía la seguía de cerca justo detrás—. Vámonos. Ya no es divertido.

Kingyok, que lucía aliviada desde el momento en que salieron los resultados, asintió tan rápido que casi pareció frenética.

—Sí, Khun Amintra.

Phatsa estuvo a punto de reírse ante eso también, aunque se las arregló para mantener la compostura en su rostro. Juntó las manos en un respetuoso wai hacia Amintra por pura cortesía, y ella le devolvió el gesto de manera casual y despreocupada, aunque todavía conservaba una sonrisa burlona en la comisura de sus labios.

—Jugaremos de nuevo otro día.

—Si no se aburre de mí primero.

—Hm —Amintra sonrió levemente—. **Improbable.**

Con eso, se dio la vuelta y se marchó de inmediato. Era diminuta, sí, pero había tanta confianza en la forma en que se movía que se sentía como si todo ese espacio le perteneciera. Kingyok se apresuró a seguirla como siempre lo hacía, con su delicada silueta casi absorbida por la sombra de Amintra.

Una vez que las dos mujeres se marcharon, la tensión alrededor del campo pareció aliviarse un poco. Phatsa soltó un suspiro silencioso y se giró de nuevo hacia Nakhun y Nakhin.

—¿Deberíamos ir a casa, entonces?

Nakhin enarcó una ceja. —¿Qué, no quieres practicar un poco más?

—Oh, por favor —Phatsa soltó una risa seca—. Hoy me arrastraron a un campo de tiro y luego me desafiaron a una competencia. Creo que mi vida ya gastó más de su cuota de energía para un solo día.

Nakhin se rió con deleite. Nakhun no dijo nada. Solo miró a Phatsa con esa forma indescifrable tan suya, como si estuviera sopesando algo en silencio.

Justo en ese momento, Sila se acercó cargando el blanco de papel de Phatsa y se lo extendió a Nakhun...

—El blanco del Khun Phatsa, señor.

Nakhun lo tomó en silencio y bajó la mirada.

Nakhin se movió para verlo también y, después de un momento, asintió levemente con honesto reconocimiento.

—Nada mal —dijo—. Acertó en varios puntos importantes.

El blanco de Phatsa no se parecía en nada al de Amintra. Los disparos no estaban agrupados nítidamente cerca del centro. Si uno lo juzgaba por

los estándares ordinarios de una competencia con blancos de papel, su derrota era evidente...

Y sin embargo...

Nakhun se le quedó mirando durante más tiempo de lo habitual.

El tiempo suficiente como para que Nakhin se girara a mirar a su hermano mayor en su lugar.

—¿Qué pasa?

Nakhun no respondió de inmediato. Solo delineó lentamente con un dedo la posición de cada agujero de bala antes de hablar con voz plana.

—No es solo que sea preciso.

Nakhin entrecerró los ojos y volvió a mirar con mayor atención.

Así que Nakhun continuó, con su tono todavía calmado, aunque ahora había algo más pesado en él.

—Cuando disparó, en realidad no estaba apuntando.

Nakhin hizo una pausa. —¿Qué?

—Empuñó el arma y disparó casi de inmediato.

Eso hizo que Nakhin también se quedara estático. Rebobinó la competencia en su cabeza de golpe y se dio cuenta de que era verdad. Phatsa apenas se había tomado el tiempo para acomodarse en una postura. No se había quedado allí parado apuntando con cuidado, de la forma en que lo haría alguien que intenta acumular puntos en un blanco. Había levantó el arma y disparado muy rápido; tan rápido que, en ese momento, no había parecido más que la torpeza de un principiante.

Pero al mirar ahora los agujeros en el papel, ya no parecía algo tan simple.

Nakhun dio un ligero toque sobre una de las marcas.

—El primer disparo dio en el brazo.

Luego movió su dedo hacia otra.

—Después en la cabeza.

Otro punto.

—La garganta.

Y uno más.

—El corazón.

Nakhin se quedó en silencio...

Esta vez, no vio el blanco de papel de la misma manera en absoluto.

Si se tratara de una competencia de tiro estático, entonces sí, Amintra había ganado hermosamente. Ella se había concentrado en la masa central, intentando agrupar sus disparos lo más cerca posible del centro de la diana, exactamente como alguien que sabía cómo jugar a ese juego.

Pero el patrón de Phatsa... era completamente diferente.

No era bonito.

No era ordenado.

Y no sumaba un puntaje especialmente alto bajo este tipo de reglas.

Pero se parecía mucho más a un combate real.

Disparar al brazo para incapacitar.

Y luego rematar con disparos a matar.

Rápido.

Corto.

Sin vacilación.

Nakhin soltó lentamente el aire antes de murmurar:

—En una situación real... esto sería muchísimo más útil para pelear o para defensa personal.

Nakhun asintió levemente con la cabeza.

—Mm.

Siguió mirando el blanco de Phatsa, y su mirada se profundizó poco a poco, como si estuviera viendo algo con mayor claridad a cada segundo.

Un principiante ordinario no podría disparar así...

Al menos, no con tanta naturalidad.

Podía haber algo de talento involucrado, sí. Pero aun así, había algo en la toma de decisiones de Phatsa que había sido demasiado rápido, demasiado instintivo; como si su propio cuerpo ya supiera por sí solo dónde disparar primero y dónde disparar después, si el objetivo real era detener a alguien.

Nakhin debió de estar pensando algo similar, porque levantó la cabeza lentamente y dijo entre dientes, más para sí mismo que para cualquier otro:

—Alguien como Phatsa... realmente no es ordinario, ¿verdad?

Eso hizo que Nakhun se quedara en silencio por un momento.

No ordinario.

Las palabras sonaban simples, pero golpeaban de forma demasiado directa.

Porque con cada día que pasaba, ese chico testarudo seguía revelando más. La falta de temor que había mostrado frente a Naret. La compostura que había mantenido bajo las provocaciones de Amintra. Incluso la primera vez que sostenía un arma, ingeniándose las de alguna manera para no moverse en absoluto como un verdadero principiante.

No muy lejos de allí, Phatsa estaba de pie junto a Ai, hablando en voz baja. Lucía más relajado ahora que Amintra se había ido.

Una de sus manos seguía subiendo para frotarse la oreja, como si todavía no se hubiera acostumbrado del todo al sonido de los disparos, pero su expresión no había perdido el equilibrio en lo más

mínimo. En todo caso, uno podía ver incluso el más pequeño rastro de satisfacción privada allí; al menos, no se había puesto en evidencia de la manera en que había temido que podría hacerlo...

Nakhun lo observó en silencio por un rato más, antes de bajar los ojos hacia el blanco de papel en su mano una vez más.

Y una de las comisuras de su boca se curvó de manera casi imperceptible.

Parecía que...

la persona a la que había atraído a su lado...

no era solo un chico testarudo y problemático con el talento de ablandar su corazón.

También podría ser alguien con mucho más escondido en su interior de lo que cualquiera hubiera esperado.